¿ME AMAS VERDADERAMENTE?

Unas páginas sencillas dirigidas a tu interioridad para que tomes conciencia de tu propia realidad humana y cristiana. Sigue la experiencia de esta joven Natalia.

Te gustará verte reflejado/ a en estas palabras.

Con afecto, Felipe Santos, SDB

Una mañana, me levanté muy temprano para admirar la salida del sol. Ah! ... la belleza de la obra de

Dios es indescriptible! Como me admiraba, alababa a Dios por su admirable obra maestra. De pronto, sentí la presencia del Señor cerca de mí. Me preguntó: «Me amas?» Le respondí: «¡Claro que te amo, eres mi Dios y mi Salvador!»

Luego, me preguntó: «Si fueras discapacitado físicamente, me amarías al menos?

Estaba perplejo. Miré mis brazos, mis piernas, luego el resto de mi cuerpo y me pregunté cuántas cosas no podría hacer y pensé en todas las cosas que tomo como normales. Respondí: «Sería difícil, Señor, pero te amaría a pesar de todo.»

Luego Jesús me dijo: «Si estuvieras ciego, ¿amaría al menos mi creación?»

¿Cómo podría amar algo que no veo? Pensé en todos los ciegos y en el hecho de algunos entre ellos amaban a Dios y su creación, a pesar de su incapacidad.

Por tanto, respondí: «Me es difícil ver eso, pero sí, te amaría a pesar de todo.»

El Señor me preguntó entonces: «Si fueras sordo. ¿escucharías mi palabra al menos?»

¿Cómo podría escuchar algo si estaba sordo? Luego comprendí. Escuchar la Palabra de Dios no se hace sólo con los oídos, sino sobre todo con nuestro corazón. Respondí: «Sería difícil, pero la escucharía al menos.»

Entonces me preguntó: «Si fueras muda, ¿glorificarías mi nombre?»

¿Cómo podría cantar su gloria sin mi voz? Pero me pareció que Dios quiere que cantemos partiendo de lo más profundo de nuestra alma. Le importa poco que nuestra voz sea bella. Y glorificar a Dios no se hace siempre cantando; a veces, si uno se siente perseguido y se rinde gracias a Dios dándole gracias, también es glorificarlo. Respondí: «Incluso si no pudiera físicamente cantar tu gloria, continuaría glorificando tu nombre.»

Y Jesús me preguntó: «¿Me amas verdaderamente?»

Con valor y una fuerte convicción, le respondí «Sí, Señor! Te amo porque tú eres el único verdadero Dios!»

Creía haber respondido bien pero Jesús me preguntó: «Entonces, ¿por qué pecas?»

Respondí:«Porque no soy nada más que una mujer. No soy perfecta.»

«¿Y por qué cuando estás feliz te apartas más de mí?» ¿Por qué rezas siempre más a menudo cuando estás turbada o algo te va mal?»

No tenía respuesta ... solamente lágrimas.

Jesús me preguntó: «¿Por qué cantar solamente con motivo de encuentros especiales o en la iglesia? ¿Por qué visitarme solamente en horas y días fijos? ¿Por qué pedir cosas tan egoístas? ¿Por qué pedir con tan poca fe?» Las lágrimas continuaban corriendo por mis mejillas. «¿Por qué tienes vergüenza de mí?

¿Por qué no respondes a la buena nueva? ¿Por qué, cuando te sientes triste y tienes problemas, buscas el consuelo junto a tanta gente sabiendo que estoy siempre a tu lado? ¿Por qué buscar excusas cuando te ofrezco una oportunidad de servirme?»

«Eres bendita de tener la vida. No te he creado para que rechaces este don. Te he dado talentos para que puedas servirme, pero sigues apartándome de mí. Te he revelado mi palabra, pero no aprendes nada. Te he hablado, pero no has escuchado.

Te he mostrado todos mis regalos, pero tus ojos no han mirado. Te he enviado servidores, pero no has hecho nada cuando han sido enviados. He escuchado tus oraciones y siempre he respondido a ellas. Entonces,¿me amas verdaderamente?»

No podía responder. ¿Cómo lo habría podido? Estaba extremadamente molesta. No tenía ninguna excusa. ¡Qué habría podido decirle? Cuando pude hablar, después de haber derramado todas las lágrimas de mi

cuerpo, le dije: «Perdóname, Dios mío. Soy indigna de ser tu hija.»

El Señor me respondió: «Ahí está mi gracia, hija mía.»

Pregunté: «¿Pero por qué me perdonas siempre? ¿Por qué me amas tanto?»

Jesús me respondió: «Porque te he creado. Eres mi hija. Nunca te abandonaré.

Cuando lloras, experimento compasión por ti y lloro contigo. Cuando gritas de alegría, río contigo. Cuando estás deprimida, te animo. Si caes, te levantaré. Cuando estés fatigada, te aliviaré o llevaré. Estaré contigo cada día, hasta el fin de los tiempos, y te amaré eternamente.»

Nunca había llorado tanto. ¿Cómo había podido ser tan indiferente? ¿Cómo había podido hacerle mal en este punto? Le pregunté: «¿Hasta qué punto me amas?»

Extendió los brazos y vi la marca de los clavos en sus manos. Caí a sus pies, y por primera vez, he orado verdaderamente.